

niese del infirno con encargo de arrancar vidas y más vidas humanas á este mundo y mandárselas á Satanás, por quien parecía engendrado. Pasándose la existencia suya como un anfibio, entre su baño y su bufete, hasta dentro del agua escribía en demanda de cabezas y más cabezas, pues cercenar muchos de los hombros y amontonarlas por las calles constituía para su voracidad el único remedio de la generación aquella, necesitada, por su podredumbre, del hierro y del fuego como supremo cauterio. Médico, y médico sabio, este doctor Sangredo de nueva especie, no proponía otro remedio que sangrar, y sangrar mucho, y sangrar sin medida ni tasa la sociedad para que perdiera su vieja sangre monárquica y tomase la nueva sangre republicana. Representante de una tendencia conatural á las revoluciones, tan crueles y tan inhumanas como las guerras en sus procedimientos, buscábalo esta tendencia, la tendencia de los exterminadores, como el único capaz de ayudarla con su pluma, no mojada en tinta, mojada en sangre, al exterminio que predicaban y apercebían los exterminadores como supremo definitivo medio de purgar la sociedad y regenerar la savia de ciudadanos libres y nuevos, no contaminados de profundo cáncer social antiguo.

El día diez de Agosto, al salir de su centro, encontróse Marat con una muchedumbre de sectarios y discípulos á quienes había pegado su contagiosa locura. Esta turba lo coronó como á un ídolo y lo llevó por las calles en procesión idolátrica. No sabiendo qué hacer con él; después de haberlo divinizado, condujéronle á la Comunidad revolucionaria, y en ella lo depositaron, creyéndola verdadero centro hacia el que gravitaba por necesidad aquel espíritu revolucionario, de quien esperaban la pública salvación popular. Al verlo de aquella manera, incensado, bendecido, puesto en andas, cuando era un loco, á quien dominaba la monomanía del asesinato político, reíanse muchos, y lo echaban á burla ó broma, en tanto que otros más previsores, veían en aquella demencia individual divinizada una especie de colectiva demencia social muy preñada de daños y de males sin cuento. Michelet llama con razón á Marat cara de sapo, y añadiría yo, puesta sobre un cuerpo de mono á quien sacuden estremecimientos de tigre y poseen hambres de hiena. Ninguna sección de París lo nombrara, y él estuviera en la Comunidad, llevado por una turba de asesinos, como un montón escremencio vomitado por una ola de sangre y de hiel mezcladas. Por lo mismo que no tendrá título electoral ninguno, ni mandato legítimo de ninguna especie, puede ser llamado aquel hombre la horrible anarquía dentro de la progresiva revolución. Sus ojos de buho le daban el aspecto que á los símbolos ó figuras simbólicas de la muerte. Parecía una sombra del averno acompañado por una demanda de asesinos, los cuales, según su inhumanidad, no podían pertenecer á la especie humana, quedando innominados é inclasificables, así en las especies zoológicas como en los caracteres morales. Danton pudo evitar aquel mal. Pero en estos terremotos sociales, como la tierra falta bajo los pies, hay pocos puntos de apoyo para fijar el cuerpo y emprender con

fijeza una obra. Robespierre aun aborrecía más que Danton á Marat. Pero, en sus aspiraciones á la dictadura revolucionaria, no estaba por indisponerse con ningún revolucionario, y en su odio á los girondinos y á la Cámara, donde los girondinos dominaban, parecía bien dejarles para sus navegaciones esos caimanes en las riberas y ese tiburón en las entrañas del océano por donde iban embarcados. Así, ni Danton ni Robespierre se opusieron á la personificación más genuina de terror, genuinamente representado por Marat. Como el medio de que se valiese malvado semejante para divulgar sus sanguinarias demencias, fuera la prensa; ya puesto en su Olimpo, la Comunidad revolucionaria, ya elevado á su apoteosis, la designación de su cargo de regidor, hecho de la multitud anónima, lo primero que hizo Marat fué coger una imprenta para esgrimirla contra sus enemigos, y con ella pedir cabezas y más cabezas. Bajo su imperio y por su dictado, la Comunidad revolucionaria decretó que se confiscasen los enseres de las envenenadoras imprentas realistas y se adjudicaran á los impresores patriotas. Y sin aguardar la formalización de su proyecto, dejándolo sobre la mesa, llamó su legión de sayones y esbirros, los ejecutores de sus obras, los verdugos encargados de cumplir sus sentencias, y entrando con ellos en la imprenta real, hízoles cargar así con sus caracteres como con sus máquinas para trasladarlo todo á su domicilio. Una comunidad improvisada, una comunidad misteriosa, una comunidad que, después de haber visto la revolución triunfante, aun proseguía en su revolucionario carácter, inspirado por Danton, á quien Robespierre y Marat contrastaban de consuno, solamente podía dar de sí en aquellos instantes una matanza, coonestándola con la imprescindible necesidad de hacer justicia, en sus fines implacable y rápida en sus procedimientos. Así Marat estaba en su atmósfera. Y pedía, según él, por humanidad, la cabeza de unos pocos para salvar la vida de todos. Estos pocos los había calculado con tanta parsimonia moral y exactitud matemática, que en sus cálculos sólo montaba la suma de los descabezables á doscientos setenta y tres mil por el máximo. Así las clases superiores revolucionarias se asustaron de esta justicia injustísima, y temieron la matanza exterminadora, sin juicio previo, sin procedimiento jurídico, sin tasa en el número de inmolados, sin medida en la ejecución de sentencias: vértigo de sangre generado por una demencia del sensorio social, que no solamente perpetraba un enorme crimen, como aquellos de los tiempos asiáticos, en que no se daba cuartel al prisionero, manchaba los anales del épico movimiento revolucionario con una eterna deshonra.

La Cámara tenía que decretar el Tribunal demandado por la Comunidad hasta en obediencia natural á los humanos afectos y á sus tendencias humanitarias. Presentóse la ley de su fundación en términos muy reservados y con múltiples precauciones. Ningún diputado apoyó esta proposición, excepto Chabot, el paralítico, en quien sus enfermedades crónicas, originadas por su exaltado amor, sugerían inspiraciones de odio y de venganza. Y sin persona ninguna que apoyara el proyecto de palabra, pasó en la votación, merced



al magnético influjo de la Comunidad sobre la Cámara. Bien es verdad que, teniendo á su disposición el Ayuntamiento revolucionario las muchedumbres más exaltadas, expedía comisiones comuneras tras comisiones comuneras al Congreso, las cuales pedían en palabras soeces y con ademanes descompuestos el Tribunal ó la muerte. No parecía que acababa de triunfar el pueblo, parecía que acababa de triunfar el Rey, según las amenazas múltiples dirigidas al Congreso, cuando, en sustancia, ó no representaba cosa ninguna éste, ó representaba la soberanía popular. «Que sea vengado el pueblo:» unos clamaban. «Que toquen á rebato las campanas y los tambores á generala:» decían otros. «Que los monarcas, anhelosos de sangre francesa, vean abiertas las venas de sus realistas, y sacien su hidrópica sed en ellas», añadían los más. «Que se nombren los jurados en seguida y se designe presidente á este tribunal revolucionario. De no hacerlo así, lloverán torrentes de males sobre Francia», repetían casi todos con una formidable insistencia. Ni cabía resistir. Los correligionarios de Danton comenzaban á mostrar cómo el Hércules de tan grandioso poema quería detener el alud, por sus hercúleas manos lanzado. Inútilmente Thuriot, amigo del fragoroso tribuno, negaba el dictado de partidarios del pueblo á los que se arremolinaban en el seno de la representación popular pidiendo satisfacción de un afecto tan innoble como la venganza, y presentando cual prototipo de la justicia democrática, una inquisición próxima; inútilmente dijo que la obra de Francia se hacía y levantaba para toda la Humanidad: el Congreso fundó este nuevo tribunal, que le pedía el Municipio, restringiendo su elección al nombramiento por grados, y designando las secciones para nombrar los compromisarios por sufragio universal y estos compromisarios para nombrar los jurados. Sobre la tierra empapada de sangre, bajo el cielo cubierto con las tinieblas de mil supersticiones, inminente la guerra europea, invadido el territorio francés, por sí mismos se levantaban monstruos engendrados al pánico y al terror universal. Y pocas veces tan legítimo este gran terror. Los franceses de las fronteras pedían socorro con gritos de náufragos y al tremendo latigazo de apocalípticas tempestades. Muchos pueblos entre aquellos, creídos en sus angustias de que Francia los abandonaba, decíanse dispuestos á consumir sus casas en el incendio; saltar el suelo en fragmentos al estallido de la pólvora que acumulaban dentro de sus bodegas, convertidas en polvorines; pasar á cuchillo con sus propias manos las mujeres y los hijos; inmolarse todos cual se inmolaran los españoles de Numancia y Sagunto. Coblenza, el centro de la emigración, acababa de mandar sobre las tierras centrales del territorio francés, noventa escuadrones de la mejor caballería del mundo, que iban á pisotear los focos de la libertad y de la democracia. Estos bárbaros irruptores, parecidos en el concepto popular á hordas atilesacas, acababan de verificar su conjunción estratégica con los ejércitos austriacos. El Congreso, bajo estas amenazas, oía un informe terrible del comité de vigilancia, que demostraba la existencia de cuatrocientas cartas por las cuales se venía en conocimiento de que los Reyes conocieran día por día el minuto de la

invasión y notaban en sus cartularios geográficos, los puntos hacia que caminaba el extranjero. Dentro del Temple recibía, cuando por el jardín se paseaban, señales desde las casas realistas, de los movimientos del ejército invasor, con quien jamás ocultaron la criminal y escandalosa complicidad. Y el cabeza de las tropas nacionales, jefe del partido constitucional, sentía los efectos que la realeza, en la estrechez de su inteligencia, nunca iluminada por los chasquidos eléctricos de su corazón, y se desataba contra el Congreso á la hora solemne misma, en que la patria era infamemente malherida por el irruptor extranjero. Pasó Lafayette á sus tropas revista gritando: ¡Viva el Rey! las tropas únicamente le respondieron: ¡Viva la nación! Para momentos de tempestad se había hecho el tórax de volcán encendido, el cuello de toro bravo, la mirada de relámpago intento, la voz de tempestad sublime, los estremecimientos de Titán fabuloso, que componían la gigantesca y monstruosa personalidad de Danton. Parece imposible reuniera este tribuno y soldado de la revolución francesa, con sus rayos fulminantes fraguados en la caverna de su corazón tormentoso, aquella serenidad olímpica del repúblico que prepara y anuncia lo porvenir. La revolución francesa con freno, la guerra desesperada con la coalición de los Reyes, la unidad formidable de los ochenta departamentos en la organización de un gran cuerpo y en la consustancialidad del espíritu de cada provincia con el alma nacional: he aquí lo que Danton soñaba, cuando tristemente parecía dar á la Comunidad rienda suelta y fundar el tribunal de la revolución. Así no puede juzgarse bien de los hombres políticos, sino contemplando el estado mental de su época y las circunstancias múltiples bajo que desarrollan, en el tiempo y en el espacio, esclavos de la realidad, su genio espiritual extraordinario.

El cielo, en aquel instante supremo, no se asociaba, ni asociarse podía, con su implacable justicia, y airado como estaba contra todas las reacciones, á ningún trabajo de reconciliación universal, como aquel con que soñaba Danton, habiendo necesidad imprescindible de remover la sociedad hasta en sus cimientos, si había de rejuvenecerse y de prosperarse. En vano quería vigorizar con la justicia el poder público, muy complicado, por las sirtes de una guerra, donde no podía reinar ningún principio jurídico; y en vano reunir ó sumar unos factores, como girondinos y robespieristas y dantonianos, que, sumandos en apariencia de un gobierno, eran en realidad elementos de un verdadero combate. Y como latía por todas partes el combate, reinaba en todas parte la muerte. ¿Para qué buscar una justicia serena en aquel derrumbamiento de todo lo antiguo y en aquella incoherencia de que adolecía todo lo nuevo? El ministro de Justicia, ó sea Danton, se dirigía con imperio á los magistrados, como el ministro de lo Interior Roland, se dirigía también á los burócratas, cuando aquellos eran independientes de la voluntad ministerial, mientras estos dependientes, más que dependientes, subordinados. Que los tribunales públicos del Estado procedieran á una con severidad, quería Danton, evitando procediese con



crueldades un tribunal, tan irresponsable y anónimo, como el pueblo. Movido de tal espíritu y deseoso de amedrentar á los reaccionarios, aquejados por la manifiesta complicidad con el extranjero, Danton impelió al Congreso contra los nobles y los curas, del nuevo régimen enemigos, con lo cual propúsose impedir procediesen las muchedumbres contra ellos con sus medios violentos y todo lo subvertieran más de lo subvertido que á la sazón todo estaba. El Congreso decidió secuestrar las propiedades y bienes de los emigrados, partidos en guerra contra Francia, y expulsar los clérigos no juramentados, fomentadores aquéllos de la guerra europea y fomentadores de la guerra civil éstos. El terror producido por los dos sacudimientos y la convicción de que los determinaban insanos influjos del clero y del patriciado, hacían que hasta los más conservadores y circunspectos de la revolución pidiesen las deportaciones de los reaccionarios en evitación de las matanzas. Pero el fenómeno político, determinante de todos los fenómenos, era, en aquel minuto, la rivalidad entre un poder de apariencias legales como el Congreso legislativo y un poder de naturaleza revolucionaria como la Comunidad parisién. Francamente, la mayor legalidad del Congreso, no empecía, no, á que tuviera éste un carácter extraño también, como el Ayuntamiento, á quien llamamos, con arreglo al habla castellana, clásica y antigua, Comunidad. Fundados los poderes del Parlamento en la Constitución, y destruída ésta por el ataque tremendo y el castigo impuesto al poder real, poníase tan fuera de las leyes como sus enemigos y rivales, reunidos en el ayuntamiento, á quienes llamamos comuneros. Todo era entonces violento, exagerado, extraordinario: la guerra civil de los unos, la irrupción extranjera de los otros; el poder legislativo sin género alguno de contrapeso en ausencia del poder real; aquella Comunidad fuera de todo centro; aquel ministerio convertido en gigantesca dictadura; el pueblo en una sobreexcitación que lo arrastraba sin remedio á las más exaltadas y ciegas demencias. Así hubo numerosas víctimas en la segunda quincena de Agosto, cuya inmolación fué decretada por todos y por nadie, como un castigo derivado de una plaga ó de una calamidad naturales. Cierta noche, veintitrés de Agosto, se levantó entre tinieblas sobre las losas del Carrousel, frente al palacio de los Reyes, un patíbulo, á la callada, como si en lugar de hacerse un acto de justicia, se hiciera un acto justificable. Las tablas siniestras, erigidas en silencio; los paños funerales parecidos á las ropas de un catafalco; las antorchas que daban á los sayones aspectos de diablos; el palacio de la corona parecido á un panteón de los muertos; la subida del reo por la escala como si subiese cual una sombra sobrenatural á la región misteriosa del sueño eterno; conmovieran por tal manera los ánimos que todo un verdugo, acostumbrado á estos espectáculos, arrancó la cabeza del reo al cesto, donde cayera, y queriendo al público mostrarla, quedó muerto como de una centella fulminante, á la vera del cuerpo descabezado por su deber profesional. Tras este noble, fué guillotinado Laporte, confidente de Luis XVI, y que, así depositario de los regios secretos, como agente de las regias corrupciones, se trataba con

todos los revolucionarios de marca. El mismo Condorcet, republicano de antigua cepa, intercedió por la vida de aquel hombre con riesgo de la propia cabeza. Pero el terror en tales términos lo invadía todo, y tan persuadidos estaban los ánimos de la necesidad del sacrificio y de las víctimas, que aquel tribunal revolucionario se justificaba en repetidos documentos de dar tan sólo una cabeza por día y se quejaba de la lentitud en el castigo por los laberínticos y dificultosos procedimientos. No había remedio: el terror pasaba en aquel instante á ser una verdadera y colectiva enfermedad social.

Todo era tan tétrico que se dispuso una fiesta patriótica por los muertos caídos en el combate á las Tullerías. Sobre las aguas del estanque mayor, entre las alamedas del jardín real, se levantó una pirámide, figura geométrica, la cual desde los tiempos del Egipto antiguo, recuerda, como los cipreses, la muerte; una sarga negra, inmenso paño fúnebre, cubría la pirámide, y en los pliegues relumbraban, cual miradas de aves nocturnas, en inscripciones gualdas las fechas indicativas de los degüellos perpetrados por la reacción en los patriotas; correspondíase tal fúnebre aparejo con la guillotina, levantada por el opuesto lado, en la plaza del Carroussel, como cumpliendo las venganzas inscritas en los planos de la pirámide; al son de marchas fúnebres muy luctuosas, envueltas por nubes de incienso quemado sobre cazoletas elásticas, iluminadas, entre las nocturnas sombras, por siniestras antorchas funerarias que centelleaban como relampagueos del orco, veíanse las familias de los mártires, vestidas las viudas de túnicas negras atadas al cuerpo con blancos cinturones, y vestidos los huérfanos de túnicas blancas atadas con negros cinturones; conduciendo y honrando un arca semejante á la litúrgica de los antiguos hebreos, donde contenía la petición popular con innumerables firmas en demanda de la República; y tras esta procesión sarcófagos gigantes cual símbolos de la mucha carne popular por las regias resistencias amontonada; banderas de crespón relucientes como azabache con geroglíficos y símbolos de próximos exterminios; estatuas, representando las leyes armadas con espadas gigantescos parecidos á hoces; jueces análogos con redivivos inquisidores; comuneros husmeando sangre; diputados con coronas de siemprevivas al puño; de todo lo cual evaporábase, como para subir primero á los altos poderes públicos y luego al cielo mudo, este sustantivo nefasto: ¡VENGANZA! Y entre tamaños estremecimientos del sistema nervioso francés; cuando los ánimos ibanse remontando así hasta el punto de parecer que debían estallar; sin ley alguna en los juicios, la justicia popular; sin procedimientos, convenidos en todas las legislaciones como escudos del débil; van llegando las noticias confirmativas de la traición del Monarca y de la nobleza y del clero, amenazados por el furor popular; sabiéndose que Longwy se ha entregado al conquistador conducido por la traidora y odiosísima emigración; que los ayuntamientos realistas se abren á la irrupción como si los irruptores fuesen hermanos de los franceses; que podía en cada vecino encontrarse un perverso conjurado; que se frotaban las manos todos los reaccionarios al saber lo próximo de